

CESEDEN

EL JEFE Y LA EVOLUCION DE LA GUERRA

- por el Coronel-divisionario Denereaz -  
De la revista "Revue Militaire Suisse, septbro. 1969  
(Traducido por el TCol. de Ingenieros don Juan Manuel  
Sancho-Sopranis)



Enero, 1970

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 42 - I

Un problema de excepcional importancia ha dominado siempre los métodos de mando: la juiciosa adaptación del soldado a sus tareas con relación a sus aptitudes y a sus conocimientos. Ha sido y sigue siendo para el jefe una meta el poner a cada uno en el lugar jerárquico y funcional en el que pueda alcanzar cuanto antes el máximo rendimiento. Por una parte, el hombre con sus cualidades y con sus defectos; por otra una organización con sus estructuras y sus medios. Y el propósito bien definido de acercarlos, de soldarlos para conseguir la unidad. Si se admite que es en época relativamente reciente cuando los ejércitos han adoptado a este respecto un dispositivo de investigación psicológica fundamentado en bases científicas, es forzoso reconocer, sin necesidad de remontar al hombre de Cro-Magnon, que el mando se ha impuesto siempre según criterios valederos. Se ha adaptado, desde luego, en el transcurso de los tiempos a las transformaciones de la guerra y del armamento. Pero no ha podido abandonar en ningún momento, so pena de perderse a sí mismo, sus prerrogativas. Hemos de estar convencidos de ello pese a "accidentes" que han jalonado su historia; que es, no lo olvidemos, la historia de la disciplina militar. Sobre todos los campos de batalla se ha manifestado la misma certidumbre de catástrofes en cuanto quedaron rotos los conductos de mando, la unidad previsible de la acción, el sentimiento de seguridad procedente de una obligación recíproca. La disciplina ha aparecido siempre como el signo de un orden funcional, sin el cual ninguna organización militar puede subsistir. Pero, ¿se ha inspirado siempre en los caracteres y necesidades de su época? Voy a intentar contestar a esta pregunta.

Algunos autores fundamentan toda la evolución de la estrategia y de la táctica en las modificaciones del armamento. Siendo la guerra esencialmente un hecho social, el estudio de la misma naturaleza de los pueblos, de su estructura política, de su organización económica, es el que mejor conduce a discernir la significación de aquella. En la Grecia antigua, la guerra se deriva directamente de un espíritu cívico estrechamente localizado; es inseparable de la vida de la Ciudad, su sistema forma cuerpo con el sistema político y social. En Italia, el pensamiento de la Roma republicana se pone en busca de un imperialismo político y económico, meta exclusivamente utilitaria; los romanos, esencialmente realistas, no se inquietan jamás por la legitimidad de la guerra. El Islam hace funcionar el resorte religioso para llevar a buen término un prodigioso programa de rrazia; la guerra de los nómadas no es más que una forma de la concurrencia vital que se impone en caso de escasez o que procede de una simple venganza. Las Cruzadas son el contragolpe de la ideología cristiana servida por una táctica militar rudimentaria. Son también el apetito de combates y de gloria propio de los caballeros. Estos sólo pueden subsistir por la guerra, para ellos la vuelta a la paz no deja de ser algo fastidioso, tanto desde el punto de vista del provecho como del prestigio y de la razón de ser. Caballeros, luego nobles, que despreciarán todo lo que no es nobleza y que una verdadera lucha de clases va a oponer a las milicias urbanas que, a principios del siglo XIV, toman conciencia de la defensa del bien común.

La batalla antigua rara vez es decisiva, en el sentido que actualmente le damos, pero lo es para los combatientes que sólo tienen la alternativa de vencer o de morir. Ninguna batalla moderna ha alcanzado, ni de lejos, los tantos por ciento de las bajas experimentadas por los antiguos ejércitos vencidos. Estos, según los historiadores, son siempre los más numerosos, porque el bando más débil tiene que provocar un desequilibrio de fuerzas mediante la innovación táctica unida a fuerzas morales superiores. Son, pues, la inteligencia, el espíritu cívico y el valor los que triunfan. La Edad Media ya no presenta el mismo carácter de unidad. Si los cronicones están llenos de relatos de hazañas llamativas guerreras, expresan realmente una táctica elemental que degenera rápidamente en una serie de combates singulares. Por el desprecio que el caballero siente hacia el peón, la infantería no dispone más que de un armamento pobre y desparejado y sólo tiene un papel secundario, de sostén. Toda maniobra le está prohibida en el combate. Por lo mismo ya no hay límites para las hazañas individuales. El rescate, medida humanitaria sin duda, pero limitado a la clase pudiente, se convierte en un azote desde el punto de vista táctico. Caballeros y escuderos sólo tienen una preocupación: capturar enemigos bien montados y bien armados. Abandonan sus puestos en formación y ésta pierde, de este modo, toda cohesión. Este fenómeno, típicamente medieval, explica los cambios de situación, de los que los más espectaculares son provocados por los suizos en sus luchas contra la Casa de Austria, que son los primeros en crear un verdadero ejército nacional, en su sentido más moderno, ilustración de la Nación en armas.

En muchos países, especialmente en aquéllos en los que la Monarquía se afianza, se esbozan las grandes líneas de un ejército permanente, cuyo reclutamiento es obra de "capitanes" que a toque de tambor enrolan voluntarios a los que pagan una prima. Estos voluntarios se convierten rápidamente en mercenarios. La oferta es abundante, sobre todo en el mercado internacional, porque la guerra -bajo su aspecto habitual de saqueo sistemático- sigue siendo la industria más provechosa. Afluyen aventureros que saben que si la disciplina es rígida bajo las armas, la libertad fuera de ella es completa. Y las batallas son pocas mientras que las depredaciones de la soldadesca muy numerosas. Cuando las tropas acantonan en país amigo, viven a costa de los habitantes, rápidamente condenados a la ruina. No hay más remedio que compensar una soldada y un abastecimiento insuficientes. El ejército, masa flotante de parados de un género especial, va adonde hay "trabajo". Las campañas sucesivas no pasan de ser etapas de una verdadera transhumancia guerrera. Se desconoce en aquella época la noción de una guerra llevada a cabo lo más rápidamente posible. A mayor duración de la guerra, mayor beneficio positivo. Las condiciones humanitarias no tienen cabida en la conducción de las operaciones; son totalmente extrañas a los gobiernos y a los jefes militares que, también ellos, sacan pingües provechos del ejercicio de su mando. Y si bien es cierto que el siglo -- XVIII está caracterizado por una dulcificación de las costumbres, por una moderación en la actitud de los combatientes, por un mayor respeto de la vida humana, no es menos cierto que la guerra sigue siendo idéntica en su esencia y en sus necesidades económicas: los bienes materiales constituyen el único sentimiento motor y la única recompensa del mercenario.

La característica de los ejércitos del antiguo régimen es, pues, la mala calidad de los soldados. Escaso patriotismo, ya que el espíritu nacional no se había despertado; poca devoción hacia los jefes que pertenecen a una casta cerrada; escasa o nula voluntad individual de vencer, ya que el soldado desconoce la causa por la que combate, o le importa poco. Se está tan acostumbrado a la falta de estos elementos y a prescindir de ellos, que Federico II no titubea en incorporar a sus tropas desertores, incluso prisioneros. Sólo puede ser mantenida la disciplina en ejércitos así constituidos, a base de automatismo y de coerción. Se evita hacer entrar las tropas en las aldeas, porque toda estancia en una localidad es ocasión para numerosas deserciones. Los estacionamientos sólo tienen lugar en campamentos vigilados en sus cuatros costados, día y noche, por puestos de gendarmes o de jinetes escogidos. Las tropas son conducidas como cuerdas de galeotes. Para combatir se colocan en formaciones profundas y apretadas, para que cada hombre se encuentre literalmente encerrado en la fila, arrastrado por la masa. Detrás, gente, pistola en mano, obligando a avanzar a los irresolutos, matando en caso de necesidad a los rebeldes. El hombre es empujado hacia adelante por la impulsión de la marea humana y por sus jefes que hacen funcionar en él los reflejos de obediencia - fraguados en prolongados ejercicios automáticos: su inteligencia, su iniciativa, su propia voluntad - que se presupone inexistentes - no tienen papel alguno. En esas masas compactas, los fuegos de artillería y de mosquería hacen terribles estragos, por ello las batallas son horriblemente mortíferas y, para evitar la rápida destrucción de sus ejércitos, los generales tienden a evitar en todo lo posible la batalla. Así nace esa singular estrategia "conservadora" de los siglos XVII y XVIII, que consiste en hacer la guerra combatiendo cuanto menos se pueda.

La guerra se ha convertido en oficio. Maquiavelo estima que un hombre honrado no debe abrazar el oficio de las armas, porque "la guerra hace ladrones y la paz los lleva a la horca". Con el "mercenariado internacional, y luego nacional", desaparece el soldado-ciudadano. En la mayor parte de las guerras de la Antigüedad y de la Edad Media, el guerrero tiene conciencia de defender un interés vital, un bien propio. Solamente el hombre libre tiene derecho a llevar armas. En Grecia, lucha por la libertad de su ciudad. En Roma, combate por la expansión de una hegemonía. En Oriente, muere en nombre de una idea religiosa. Hecho caballero, adquiere una conciencia de clase y evoluciona hacia un concepto más elevado, fundado en el honor, en la lealtad, en las necesidades superiores de la cristiandad. Sólo se combate bien por una causa de la que se siente en uno mismo la imperiosa presencia: la fé, el sentimiento nacional, el interés de raza o de clase. ¿Por qué causa asistimos, tras veinte siglos de guerras llevadas a cabo por hombres libres, a un cambio radical en la naturaleza de los ejércitos? El reclutamiento de elementos alógenos o mercenarios, o de un proletariado nacional - no interesado en las causas defendidas, corresponde siempre a una profunda decadencia del espíritu cívico y a una crisis política. Esta forma de reclutamiento se ha revelado siempre como el factor preponderante de una disgregación interna y de una lenta degeneración militar, a la que no han sido ajenos los Suizos después de la derrota padecida en 1515 en Mariñano. Dentro del sistema de mercenarios es difícil controlar y hacer respetar la fidelidad del contrato. La disciplina ha de ser despiadadamente reforzada -

si se quiere depurar la masa, amasarla y hacerla útil. No cabe elección de medios en una época en la que "la profesión de soldado se relega a la clase más vil de los ciudadanos".

La Revolución francesa marca, en la historia del mando militar, una etapa tan importante como en la historia política. Hasta entonces las guerras presentaron un carácter dinástico: un soberano combate con mercenarios o milicianos a la fuerza contra otro soberano que dispone de tropas semejantes. Los soldados revolucionarios combaten por la "nación": el lealismo monárquico se transforma en "patriotismo". Francia es la primera en desarrollar este sentimiento, que luego se esparce por Europa en la estela de los ejércitos franceses. Sobre tal sentimiento, que revela una innegable calidad moral, se yerguen nuevos métodos de mando, acelerados por el servicio generalizado que llama sucesivamente a todos los ciudadanos a filas. Estos ciudadanos carecen de disciplina. Les es más fácil, instintivamente, combatir en orden disperso, utilizando el terreno en forma asaz anárquica, disparando para luego agruparse en grupos más compactos con vistas al choque. Su falta de preparación para el despliegue lineal y para la rigidez de las formaciones los orienta hacia procedimientos más flexibles: la línea y la guerrilla de tiradores, que responden infinitamente mejor a su inexperiencia y a su indisciplina. Las levadas en masa son, de hecho, masas turbulentas que pueden a la larga convertirse en un peligro para el régimen. Los soldados ya no tienen la compensación del botín; la ideología revolucionaria se opone a ello. Tampoco hay compensación de orden moral, ya que las condecoraciones vendrán más tarde. Y no obstante, estas tropas dispares, harapientas y descabelladas, en las que reina el individualismo, aportillarán la tradición germánica de una disciplina inflexible y de un automatismo riguroso.

La audacia revolucionaria se ve espolcada por un general cuya ascensión súbita asombra. Bonaparte hace sentir su influencia desde los primeros contactos. Utiliza sus medios con una gran flexibilidad en la organización. Es el jefe que todo lo vigila, llevando la firmeza hasta la dureza. Hace rápidamente veteranos a base de los voluntarios, después soldados profesionales que, incapaces de volverse a adaptar a su medio ambiente de procedencia, se vinculan a la profesión de las armas. Cede pronto al vértigo del número. Es el Gran Ejército, del que Napoleón codifica la instrucción olvidando, no obstante, que la estrategia debe estar acompañada por toda una serie de medidas y de previsiones referentes a los transportes, a los abastecimientos y a las evacuaciones. El equipo, las armas, los vehículos escasean mucho más que los hombres, sobre los que el Emperador tiene un prestigio y un ascendiente extraordinarios. Para él nada vale más que el contacto directo. Cuantas veces encuentra una columna, echa pie a tierra y pasa revista. Su presencia galvaniza a la tropa y le hace olvidar sus miserias. Esto dura hasta el momento en que se ve obligado a confiar a subordinados la conducción de sus ejércitos diseminados. La irresistible decadencia se inicia en 1812. La amplitud de los medios empeñados ya no está en relación con las posibilidades técnicas de la época. En 1814, forzado a maniobrar con un ejército reducido, Napoleón se vuelve a ver como en 1796; actividad, velocidad, pero no economía. La falta de instrucción de las tropas lo llevan a empeñarlas cada vez más en formaciones masivas, a combatir a golpe de hom-

bres, en ataques frontales, sobre terrenos desventajosos. En Waterloo son los Aliados - los que consiguen una batalla realmente decisiva, los que llevan a cabo una persecución durante la cual se desvanece el último ejército imperial. ¿Qué va a quedar del paso estruendoso de Napoleón, de su imaginación creadora y de sus conceptos de jefe militar?

En Francia hubo "una reacción espontánea de desconfianza, de antipatía un poco despreciativa hacia todo lo que representaba el soldado". El ejército imperial no había brillado por su disciplina. La Restauración reaccionó metódicamente por el retorno a la obediencia pasiva. Esta disciplina se extiende a los cuadros, que pierden la costumbre de pensar y de actuar por sí. La colectividad militar se aísla de la vida nacional, se convierte en un cuerpo cerrado a las influencias y a las ideas del exterior, extraña a toda consideración de orden social. No es éste un fenómeno típicamente francés. En varios países, al amparo del retorno general a la paz y de un asombroso desarrollo industrial, se esboza asimismo un alejamiento casi repulsivo respecto al ejército. La solución tiende a colocar al ejército al margen de la nación, a hacerla vivir en un tarro cerrado, a hacer al militar únicamente responsable de las órdenes que da, no de las que recibe. El liberalismo se levantará contra esta última regla, afirmando de este modo los derechos del individuo, luego del soldado. El problema está planteado. Muchos escritores van a tratar de resolverlo durante el siglo que nos separa de esta primera declaración: "Hay que ocuparse del soldado en tanto que individuo, desarrollar en él las cualidades que lo capacitan para el combate y que lo oximen de ser una parte pasiva - dentro de una masa gregaria". Enseguida los Estados Mayores buscan una transición: "La obediencia pasiva no es la condición indispensable de la disciplina. La disciplina ya no es incompatible con la dignidad del libre arbitrio, como no lo son los reglamentos de los cuerpos constituidos. La más estricta disciplina no vulnera en lo más mínimo la dignidad del hombre que a ella se somete libremente".

No es en los escritos de Jomini y de Clausewitz donde se encuentran ideas relativas a la disciplina. Para estos dos pensadores militares lo esencial es descubrir la dirección que hay que dar a la guerra. No eliminan de sus teorías las fuerzas morales, pero no se adentran mucho en la percepción de los sacrificios que es preciso consentir. El Coronel Ardant du Picq, muerto cerca de Metz en Agosto de 1870, aparece como el único espíritu que vió claramente las realidades y dotado de presciencia. Ardant du Picq coloca al hombre en el centro mismo del combate. Quiere comprender su comportamiento. Toma posición contra todas las ideas abstractas entonces admitidas. Opone el hombre de los terrenos de maniobra "tranquilo, pausado, atento, obediente" al del campo de batalla "nervioso, impresionable, turbado, sobreexcitado". "La valentía absoluta, escribe, no es natural al hombre. Es el resultado de su cultura moral, y muy rara". El papel de la disciplina consiste en paliar esta insuficiencia. En el combate moderno, en el que la tentación de "quitarse de enmedio" es más fuerte para el soldado, la disciplina en su aspecto rudo ya no basta. "Hace falta una cohesión moral, una solidaridad más estrecha que nunca". A pesar de la evolución de los medios técnicos, Ardant du Picq demuestra que el corazón del hombre y sus instintos naturales no cambian. "La gue-

rra, mientras uno se juegue en ella el pellejo, seguirá siendo esencialmente una cosa instintiva". ¿Qué hacer, entonces? Cuanto más se perfeccione la potencia destructiva, más diseminado será el combate, más escapará a la dirección; más fuerte habrá de ser la disciplina, pero no una disciplina draconiana sino una disciplina de esencia social; más real habrá de ser la solidaridad, más profundamente razonada la organización que asegura esa solidaridad". ¿No sigue siendo, más que nunca, valedera esta fórmula profética?

Nadie es profeta en su tierra. En Francia, los avisos del coronel Ardant du Picq no encontraron eco alguno. El ejército tiene una mística inseparable de la del orden. Mas bien de un orden. Todos sus jefes importantes están formados en la ruda escuela africana. Tiene, pues, una experiencia vivida en la guerra. Se beneficia de la tradición - escrita y oral del Imperio. Todo aboga en favor de su superioridad indiscutida en materia militar. Por ello vive encerrado en una ignorancia casi total de lo que pasa en casa de su gran vecino. Prusia, en cambio, toma otro camino. Hace tiempo que ha renunciado a la instrucción federiquiana: jefes comprensivos han suprimido todo aquello que sólo sirve para el desfile; sus maniobras son las más sencillas de Europa. En 1866 Prusia se enfrenta con Austria. Esta es vencida. El mando prusiano no saca de sus victorias extremadamente rápidas la consecuencia de que no cabe nada mejor en el mejor de los ejércitos. Como considera inevitable un conflicto armado con Francia, se dedica a estudiar, inmediatamente y a fondo, las enseñanzas de orden técnico, de las que se preocupa mucho - más que de la doctrina pura. La guerra franco-prusiana duró siete meses, de Agosto de 1870 a Febrero de 1871. En toda ella se comprueba la aplastante superioridad de un trabajo metódico de Estado Mayor sobre la improvisación apresurada. Pero se comprueba - asimismo y con asombro lo difícil que resulta, después de haber derrotado a un ejército profesional, triunfar de los elementos poco coherentes y poco disciplinados de una leva en masa. La Francia de 1870 no tenía vocación de derrota. Va a inquietar seriamente a su adversario durante cerca de seis meses después de la batalla "decisiva" de Sedán. - El nacimiento de una defensa interior espontánea, unido al carácter anticuado de la fortificación permanente, fue uno de los grandes temas tratados por los escritores militares.

Un hecho sorprendente: las enseñanzas de la guerra de 1870-1871 son muy rápidamente comprendidas y codificadas. Varios jefes militares piensan que hay que adoptar los principios y los métodos del vencedor, y ello va a llevar a un extraño paralelismo - franco-alemán. En ambos bandos se asiste a una renovación del pensamiento militar sostenida por un nacionalismo militante. Los reglamentos se apartan de toda rigidez en el ejercicio del mando; en ellos se puede leer que "proscripciones formales no pueden convenir a las circunstancias tan numerosas y tan variadas de la guerra y paralizan la iniciativa de los oficiales al dispensarlos de reflexionar y de querer". La independencia y la iniciativa de los jefes pasa al primer plano. Para los alemanes, toda unidad debe estar preparada para actuar aunque inocente con ninguna orden. Lo hará conforme al plan de combate expresado someramente por medio de directivas: objetivo, límites laterales, con consideraciones eventuales. Para los franceses, el plan de combate es ofensivo y ofensivo a ultranza. Sólo concede pequeña importancia al terreno: se ataca en todo lugar y se ve qué pasa. Para todos, la necesidad de una victoria rápida y decisiva está fuera de dudas.

Ya que son los pueblos los que padecen la guerra, hay que llevarla a cabo a la mayor velocidad. En cuanto al paralelismo de los esfuerzos consentidos por una y otra parte, se puede resumir en cifras: en 1914, Francia pone en línea 620 batallones, más 83 en África del Norte; en 1914, Alemania pone en línea 670 batallones, de los cuales 72 para el frente oriental. La organización de las divisiones es sensiblemente la misma: alrededor de 17.000 hombres, de los cuales el 80% de infantería. Todo está preparado para una guerra en la que "el éxito depende de la actividad inteligente de los grupos y de los individuos, del ejemplo de los jefes o de los que se sienten llamados a serlo", en la que "el valor personal lo es todo".

Los dos ejércitos son, por lo tanto, moral y físicamente semejantes. De su incapacidad mutua de llegar rápidamente a una solución por las armas sólo podía resultar un equilibrio por la estabilización de los frentes. Para romper tal equilibrio hubiera sido preciso disponer de un material de guerra más numeroso, más potente y poner a punto una táctica nueva. Todavía se dice en 1917: lo que importa es el desgaste del enemigo. Desde hace tres años, este desgaste se obtiene lanzando infantes a empresas costosas - que, en ambas partes, van a obligar a recurrir a más quintas jóvenes e inexpertas. Las bajas son cuantiosísimas. Parece admitirse que cien metros de terreno, de un terreno removido y caótico, cuestan mil vidas humanas. Lo admirable es que las tropas aceptan esta situación y luchan con denuedo contra el enemigo, las granadas, el hambre, la sed, el fango y el hedor. ¿Es ello debido, como escribe Ernst Jünger, combatiente alemán en Verdún, a "un excepcional sentido del honor o a profundos instintos humanos"? En ambos bandos una magnífica infantería resiste a toda costa. Pero todo tiene un fin cuando el inmovilismo es la única realidad del combate. La moral se desploma. Y asistimos a la mayores conmociones de la guerra, a desmoronamientos y a enderezamientos espectaculares. Interviene luego la decisión sin que haya habido realmente "ruptura" en el teatro de operaciones occidental, donde el impulso ofensivo de los Aliados se ve frenado por una tenaz defensiva basada en la maniobra retardadora; donde pequeños grupos de ametralladores consiguen, aquí y allá, detener la progresión de la infantería; donde la derrota alemana proviene en gran parte del frente interior.

En 1918, el prestigio militar de Francia es inmenso. El pensamiento militar se impregna tanto de él que en muchos países se estabiliza a nivel de las ideas adquiridas en Noviembre de 1918: la infantería sigue siendo la reina del campo de batalla, pero ya no se la puede lanzar a ciegas contra los fuegos; se le encarga, pues, a la artillería que le abra el camino. Los carros y la aviación actúan en su provecho para que pueda llevar a cabo su difícil misión al menor precio. Los vencedores le niegan al nuevo ejército alemán tanto el número como la potencia de fuego. Para su jefe, el general Hans von Seeckt, "todo el porvenir de la guerra parece depender del empleo de ejércitos - muy móviles, de escasos efectivos, pero de alta calidad, apoyados por la aviación, así como de la movilización inmediata de toda la reserva defensiva, que servirá ya para reforzar el ataque, ya para proteger la retaguardia". Y von Seeckt muestra, en forma ilustrativa, este pequeño ejército profesional irrumpiendo en una "masa viviente de seres humanos, pero inmóviles", como "un elefante en una tienda de porcelana". Surgen --



otras teorías innovadoras: la de Douhet para la aviación, de Fuller para el arma acorazada, del capitán Carlos de Gaulle para el mando. Estas teorías son combatidas por las doctrinas oficiales. Finalmente, se sabe que la Reichswehr es un instrumento destinado a un perfeccionamiento continuo, doblado por otro ejército salido de una movilización masiva, cuyos jefes "deben inculcar a sus subordinados que la inacción y el temor a la responsabilidad son faltas más graves que un error en la elección de los medios", mientras que en Francia todo es método, prudencia, previsiones y coordinación. Todo está preparado para una guerra en la que "máquinas conjugando sus efectos y equipos formados para su servicio" van a crear el acontecimiento, en el sentido napoleónico de la palabra.

La derrota de 1940 ha sido una derrota técnica resultante de la "ineptitud subida a la cúspide de la jerarquía (francesa y británica) para adaptarse a una táctica nueva y a un ritmo nuevo". La sorpresa táctica es completa y la Blitzkrieg ha merecido bien su nombre. La marcha de la batalla queda totalmente transformada. La defensa francesa se revela incapaz de enfrentarse a las operaciones ofensivas lanzadas por los alemanes. De hecho, los dos ejércitos que se enfrentan no están al mismo nivel. Sus razonamientos no abarcan las mismas nociones, el mismo "mundo": sus conceptos no son de la misma época. Pero sólo se trata de una batalla terrestre, de un tipo de batalla terrestre poco susceptible de ampliarse hacia otros teatros de operaciones. Pero el universo militar es mucho más vasto. Encierra, además de las tierras habitadas, desiertos, mares y el aire. Estos "medios", en los que la Alemania hitleriana se ha aventurado manifiestamente, se van a convertir en la base de partida de respuestas fulminantes y decisivas. El marco estratégico que ella se había fijado, pese a sus dimensiones insólitas, resulta demasiado estrecho para paralizar la evolución técnica de los que quieren su pérdida. Por otra parte, la última guerra acabó antes de que fuesen empleados prácticamente los prodigiosos instrumentos de destrucción descubiertos por los beligerantes, y la posibilidad de lograr nuevos inventos sigue siendo inmensa. Este aspecto particular merece ser subrayado. Nunca la fisionomía de la guerra por preparar será más distinta de como fue la de la precedente. Es tal vez el reino de la bomba atómica, pero también puede ser algo diferente. El problema no es sencillo. No obstante se pueden sacar de él algunas ideas directrices.

He comparado largamente el pensamiento militar alemán con el pensamiento militar francés, porque desde 1850 y durante un siglo, el pensamiento militar suizo ha vivido de la coexistencia guerrera de sus dos grandes vecinos. Ha vivido de ella y de ella se ha inspirado con mayor o menor suerte. En 1870, todavía buscábamos una doctrina de defensa nacional libre de los inconvenientes que fatalmente lleva consigo una organización federalista del ejército. En 1914, teníamos una organización de los Estados Mayores y de las tropas semejantes a la de los beligerantes. Sin embargo, nuestros oficiales, suboficiales y soldados están instruidos al estilo alemán, lo que a veces, y equivocadamente, ha sido objeto de crítica a nuestro alto mando. En 1939 teníamos un ejército cuyos conceptos tácticos estaban muy próximos a las ideas francesas, basadas en la estabilidad de los frentes continuos ocupados por una infantería potente. Nuestras divisiones,

como las grandes unidades francesas, están dotadas de medios que se han demostrado eficaces en 1918. Solo hablaré de la solución de las posiciones de ejército instaladas en los Alpes y en el Jura y de la solución del Reducto nacional para hacer resaltar de nuevo la ineficacia táctica de la primera y la debilidad estratégica de la segunda. Me parece más importante el hecho de que con la victoria de los Aliados en 1945, la ocupación de Alemania y el reparto de Europa, la hipótesis sobre la que se basaban nuestros planes de operaciones, o sea una guerra franco-alemana, se ha desvanecido. Hoy ya no se trata de prohibir nuestro territorio a unas tropas que pretendan salvar el triple obstáculo del Rín, de los Vosgos y de la Selva Negra, o de tender la mano a un aliado. Se trata de oponerse a empresas cuyo carácter es mucho menos concreto, menos inmediato, menos comprensible.

La necesidad de una defensa nacional se ha alejado, por ello, para buen número de nuestros compatriotas. Esta necesidad existe, todos lo comprenden, pero se sale del sentido de las realidades precisas. ¿Dónde está el peligro?. Ayer aún se situaba muy exactamente en nuestras fronteras. ¿Cuál es su forma?. Ayer aún estaba determinada por un armamento clásico cuyos efectos eran conocidos. ¿Cuáles son sus consecuencias?. Ayer aún sólo eran temporales, porque el tributo que se pagaba marcaba, por regla general, el final de una servidumbre. Ayer, todo estaba dentro de las normas, correspondía a reglas, entraba en las costumbres. Hemos, desde luego, dado mayor actualidad a estas cuestiones diferentes para la entrada en vigor de la organización de las tropas para solucionar el problema de la defensa en todas las direcciones; por la creación de una protección civil para paliar los efectos probables de la bomba atómica; por la institución de una economía de guerra para prolongar nuestra independencia material. Y mañana reuniremos estos tres elementos en un solo organismo de defensa total o global que permita al país reaccionar, en todas sus células, contra el invasor. Pero estas realizaciones no simplifican la comprensión del nuevo universo en el que Suiza pudiera tener que empuñar las armas, porque no engloban todas las formas que pueden presentarse en un conflicto futuro. Por ello necesitamos mucha información para que las dificultades, que son tan reales como insólitas, no susciten el desaliento. Un desaliento que pudiera transformarse en el abandono de las virtudes cívicas más elementales, incluso en un desafío a las autoridades responsables de los destinos del País.

¿No es deber de los militares resolver anticipadamente el enigma que plantea una guerra? Hace falta una parte de especulaciones basadas en una experiencia que sólo puede proceder del pasado. Y hace falta una parte de reflexiones puramente científicas. Así es como se puede abordar con algunas probabilidades de éxito el estudio de lo que llamaré las dominantes del combate moderno, que resultan de los progresos considerables alcanzados en las ciencias humanas y en las de la materia. En el plano humano, la antigua civilización de las "élites" ha cedido el paso a una civilización de las masas. En el terreno de la materia, la ciencia, al penetrar el corazón del átomo, ha abierto la era atómica. En el plano humano, las masas se han convertido en la puerta y en la palanca de toda política. La extrema rapidez actual de difusión de ideas es una de sus causas. El mundo se ha convertido en una verdadera o inmensa "caja de resonancia". En

el terreno de la materia, la brutal liberación de la energía nuclear proporciona al hombre un arma sin factor común con las precedentes. No obstante, las consecuencias apocalípticas de su empleo representan, para sus mismos defensores, un motivo de abstención. Esta retención ha hecho descubrir de nuevo los modos de acción de la estrategia indirecta. El que nadie cuente con medios de neutralización realmente eficaces contra los ataques nucleares ha conferido a la estrategia indirecta una utilidad y unas posibilidades nuevas, en el momento preciso en que la evolución del mundo contemporáneo le abría un campo de acción considerable. De esta conyuntura, que dura desde hace unos 20 años, han nacido las dos dominantes de la guerra moderna, que son la amenaza nuclear y la amenaza subversiva, a la par que surgen, a veces acá y a veces allá, conflictos marginales.

¿Cuál ha de ser la actitud del jefe, del oficial, con respecto a la amenaza nuclear? . A mi parecer, esta actitud ha de ser esencialmente práctica. El hecho atómico existe. Se trata, para el oficial, de incluirlo en sus programas de instrucción, teniendo en cuenta que es imposible, en tiempo de paz, conseguir la sorpresa por medio de una explosión atómica. La enseñanza debe seguir siendo sencilla, incluso simplista y apuntar al reflejo de protección instantánea, que se consigue fácilmente. Los combatientes deben conocer las razones de la brevedad del reflejo de protección, si fuera posible sentirlas en su imaginación, deben estar entrenados a contar en alta voz y a "zambullirse" si ven venir un frente de torbellinos de polvo levantado por el paso de la onda de choque a lo largo del suelo. Los cuadros deben indicar toda su atención a la protección por medio de los refugios y posteriormente, si la sorpresa nuclear no ha aniquilado a toda su unidad, hacerse nuevamente cargo de ésta apagar los incendios incipientes, atender a los heridos si la misión encomendada no impone una urgencia inmediata. Esta es la menor prevención contra el pánico o el estupor paralizante. El cálculo de la radiactividad residual, la previsión de la lluvia nuclear son reacciones de carácter técnico independientes del ambiente del combate o de un peligro real. El empleo de los dosímetros, los trazados de curvas, la contaminación y descontaminación pueden ser estudiados como operaciones separadas. Los cuadros deben saber, además, que es inútil, en un ambiente atómico, dispersar una sección más allá de las normas fijadas para los dispositivos en un ambiente convencional, que hay que respetar escrupulosamente las consignas de ocultación, de circulación, de emisiones radiofónicas y enterrarse cuantas veces haya tiempo para ello. Esto sigue siendo extremadamente sencillo, reglamentario y significa, para una tropa en campaña, la obligación de conformarse a ciertas reglas de seguridad, en estacionamiento, en movimiento y en combate.

He presentado deliberadamente la amenaza nuclear en esta forma. Falta, sin duda, en mi razonamiento varios elementos necesarios para la solución. Mas para qué hablar de la estrategia de la disuasión bajo sus aspectos morales y políticos si no es para recordar que no apunta a la guerra, sino al mantenimiento de la paz. Pero si estamos todos interesados en el mantenimiento de la paz, nuestro deber consiste en primer lugar en decidir lo que haremos en el caso de que estalle la guerra. Desde este punto de vista, no nos debemos sentir colocados frente a verdades nuevas procedentes del solo hecho atómico. Entre ellas citaré la capitulación y el suicidio. Tales ideas sólo pueden

subsistir en la mente de la gente incapaz de dominar su propio destino. La aparición de la energía nuclear en los campos de batalla puede, desde luego, trastornar los datos del combate, dada la presencia de un factor "fuego" jamás igualado. Estos nuevos imperativos han de ser confrontados con lo permanente en la guerra, si se quiere evitar graves sorpresas. Y ¿hay algo más permanente que la naturaleza humana? No hay acto guerrero que pueda ser realizado si el hombre no tiene corazón para realizarlo, o sea, si no es sostenido por las fuerzas morales. Es condición previa para todo el resto el encontrar las condiciones de existencia y de mantenimiento de las fuerzas morales en el clima del combate moderno. Mientras se eluda este requisito previo no se hará nada y nuestra colectividad social puede considerarse, de entrada, entregada a cualquier empresa adversa, aunque ésta no se salga del plano psicológico.

Los medios políticos y militares de Occidente han tomado conciencia con algún retraso de la amenaza subversiva. Las crisis agudas a las que acabamos de asistir han puesto en evidencia la debilidad de las jerarquías existentes, debilidad que se ha manifestado, en varios lugares, por los fracasos de las fuerzas del orden. Para algunos gobiernos, la subversión ha formado ya el aspecto de un largo combate dudoso para reparar lo que ha sido estúpidamente destruido. La tarea es incómoda debido al hecho de que la subversión tiene causas y objetivos esencialmente políticos, y sólo en el plano político de las causas y de los objetivos puede ser emprendida una acción profunda con algunas probabilidades de éxito. El recurso a las técnicas militares será siempre coyuntural. Bien lo saben quienes se han visto obligados a ello. Mas ¿cuáles son las técnicas militares que pueden oponerse a la subversión? En realidad, son pocas. Pueden resumirse, por una parte en acciones múltiples y diversas de las fuerzas del orden apoyadas por el ejército y por otra parte en las condiciones de contraguerrilla impuestas al ejército apoyado por las fuerzas del orden. En ambos casos el ejército debe adaptar su organización y sus procedimientos de acción a una táctica particularísima, cuyo objetivo no es ya el terreno, sino un medio humano que los antagonistas se disputan con ahinco. Pues es pasando por el medio humano, inclinándolo hacia sí, como se alcanza, se paraliza y se reduce finalmente a merced, al adversario. Esta afirmación es fundamental para la comprensión de la guerra contrarrevolucionaria, incluso si ésta se mantiene en los límites de la revuelta, de la sublevación o de la simple discusión.

¿Cuál ha de ser la actitud del jefe, del oficial, con respecto a la amenaza subversiva? A mi juicio, esta actitud depende en gran parte de la idea que el oficial se haya formado acerca de su misión humana. Ya no estamos aquí en el terreno de la instrucción, sino en el de la educación; luego en el de las ideas y de las opciones. Ante esta nueva forma de la guerra y de las incertidumbres que engendra en los espíritus, el jefe debe definir claramente su posición cívica. Debe, por una parte, conceder la mayor confianza a todos aquéllos que, de un modo u otro, asumen las responsabilidades y, por otra parte, asumir sus propias responsabilidades para disipar cualquier clima de insubordinación. En otros términos, el jefe deberá dar muestras de disciplina intelectual y luego suscitar, en sus subordinados, la adhesión de los espíritus y de los corazones. La disciplina intelectual es una virtud difícil, ya que impone el reservarse para sí solo los

casos de conciencia y resolverlos en silencio. La voluntad de explicar y la búsqueda de la persuasión tienen por límite exacto la eficacia. Ir demasiado lejos expone al desorden. El jefe debe tener, por lo tanto, el sentido del equilibrio y de la medida. Este sentido es el de la autoridad. Y para hacer frente a la amenaza subversiva hace falta una autoridad, comprensiva desde luego, pero que no por ello haya perdido su poder de decidir. Si la práctica de la discusión debiera llevar a un debilitamiento de la obediencia se perdería la esencia de la disciplina. De la disciplina que lleva al soldado a cumplir con su deber hasta el fin, incluso cuando no llega a comprender del todo el sentido de lo que tiene que hacer.

¿Qué podemos sacar de esta rápida visión de 25 siglos de historia militar? No se trata, desde luego, de "rehacer" las batallas para encontrar en ellas una psicología del mando. En cada época, el jefe se ha hallado en una situación nueva. En cada época, el jefe ha tenido que resolver problemas distintos, allí donde se presentaban, por el valor de su experiencia. Durante largo tiempo el solo hecho de estar al frente de las tropas ha bastado para su autoridad. Vino luego la noción del jefe animado por un valor más tranquilo, que debe mandar antes que combatir. Finalmente, la noción del jefe que debe convencer antes que mandar para asociar a sus subordinados al cumplimiento de una misión común. La participación en la acción ha llegado a ser una necesidad táctica y técnica. Sin embargo no excluye en lo más mínimo la disciplina que apunta siempre a conseguir una obediencia exacta, a hacer sentir los más pequeños impulsos del mando, a acostumar desde tiempos de paz a una ejecución minuciosa en el combate, cualesquiera que sean las circunstancias. Esto vale la pena ser recordado en un momento en que la obediencia, réplica exacta de la autoridad, debe dar un margen más amplio a la comprensión. Más si la comprensión es útil para el empleo de las técnicas y de las tácticas que concurren al combate, ¿no es indispensable en el plano más elevado de las metas y del significado de la guerra moderna?

La guerra moderna, desde el punto de vista nuclear y subversivo, ha llegado a ser una guerra de conciencia. Impone a toda operación militar un contexto, unos antecedentes, unas condiciones que exigen la movilización permanente de los espíritus. Por encima de la instrucción táctica y técnica, aparece la obligación de una educación cívica y nacional. En el futuro, la resistencia de cada uno en un combate de desgaste moral provendrá en primer lugar de la vinculación profunda de los soldados a su país, a su clima de vida, a sus instituciones. Si bien no está demostrado que nuestra juventud esté menos vinculada a la Patria -cuyo destino se confunde con el suyo por medio siglo- que las generaciones que la han precedido, hay que reconocer que prescinde fácilmente de la palabra "deber" en favor de la palabra "derecho", ignorando que en el Estado no puede haber cosa alguna que no haya aportado a él la comunidad de los ciudadanos. Las instituciones no son otra cosa que el reflejo de una mentalidad social. Lo mismo le sucede al ejercito, que se ve obligado a interesarse en cuestiones que no le son familiares, porque el éxito de su labor podría verse comprometido por la falta de naturaleza pedagógica, edu

cativa. Para el ejército, hay que buscar sobre todo las solución en el orden de las estructuras que preceden el servicio militar, donde un amplio programa debe ser llevado a cabo: higiene, educación física, cultura general, moral. Nunca insistiremos bastante nosotros los oficiales, sobre el espíritu cívico y nacional de tal acción, a la que estamos dispuestos a dar la prolongación que merece en el amplio conjunto de la formación militar.

-----

# ESTUDIOS

# ESTRATEGICOS

- EL DILEMA SOVIÉTICO EN ORIENTE MEDIO  
PRIMERA PARTE: PROBLEMAS DE CONVENIO
- IMPORTANCIA MUNDIAL DE LOS ASUNTOS ASIÁTICOS

